

CUIDADOS,
MASCULINIDADES
Y ESPACIO
PÚBLICO:
DIMENSIONES
POR EXPLORAR
PARA LA
SOSTENIBILIDAD
DE LA VIDA

BEATRIZ SUSANA GONZÁLEZ NÚÑEZ
RENÉ LÓPEZ PÉREZ

GENDES

“Cuidados, masculinidades y espacio público: dimensiones por explorar para la sostenibilidad de la vida”*

Autoría: Beatriz Susana González Núñez; René López Pérez



Los cuidados como desafío

Históricamente, los cuidados han sido asociados principalmente con el ámbito privado y, en muchos casos, relegados a roles asignados tradicionalmente a las mujeres. Sin embargo, en las sociedades contemporáneas, la redistribución equitativa de las responsabilidades de cuidado se ha convertido en un tema central en la lucha por la igualdad.

Los hombres, por lo tanto, se encuentran frente a un desafío importante: redefinir y reconfigurar sus roles en relación con los cuidados, trascendiendo las limitaciones impuestas por las normas de género tradicionales.

Los desarrollos teóricos sobre el cuidado se han enfocado, sobre todo, en dos grandes perspectivas: por una parte, visibilizar la sobrecarga que las mujeres han tenido y siguen teniendo en este trabajo y las consecuencias que ello tiene para sus posibilidades de desarrollo; por otra parte, visibilizar la relevancia de ese trabajo no remunerado para evidenciar los recursos que ellas aportan a la sociedad, sin que sean reconocidos. En ambos casos, la estrategia política que se planteó originalmente se resume conceptualmente en el término “corresponsabilidad”, lo que significaba que debía haber una mejor redistribución del trabajo doméstico y de cuidados a través de involucrar a los hombres, los gobiernos y los centros de trabajo –hay una discusión sobre el papel que los mercados podrían tener.

Recientemente también se empezó a plantear la necesidad de construir sistemas de cuidados. Un aspecto interesante de este enfoque es que se aleja de una visión familista –que en mayor o menor medida parecía estar presente en la “corresponsabilidad”– y ahora se otorga una

mayor responsabilidad a los gobiernos. Sin embargo, parece haber un sesgo hacia grupos vulnerabilizados (primera infancia, personas con discapacidad y adultas mayores). Si consideramos la Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo (ENUT) 2019, del trabajo no remunerado que realizan las mujeres 30.6% corresponde al cuidado de integrantes del hogar; es posible que cerca del 70% del resto del trabajo no remunerado que realizan las mujeres no sea cubierto por el sistema de cuidados.

El trabajo de cuidados, entonces, se ha centrado en la discusión pública para establecer medidas que reequilibren el trabajo que se realiza en los hogares para dejar de sobre responsabilizar a las mujeres de éste; pero, desafortunadamente, al mismo tiempo esto ha postergado un mayor análisis del significado de ese trabajo: ¿por qué se le denomina reproductivo? ¿Por qué se afirma que sostiene la vida?

La primera cuestión a esclarecer es cuál es la naturaleza del trabajo de cuidados pues allí deberíamos encontrar las claves para responder ambas preguntas. En este sentido, no existe un acuerdo explícito sobre qué es o qué incluyen los cuidados.

Para nuestros propósitos, retomamos la siguiente clasificación.¹

En primer lugar, lo que podríamos denominar tareas del hogar, relacionadas con garantizar la disponibilidad de cosas materiales para la sobrevivencia: preparación de alimentos, higiene, mantenimiento de la vivienda, entre otras.

En segundo lugar, la atención especializada a las necesidades específicas de quienes integran la familia; gran parte dirigida a personas dependientes (primera infancia, personas enfermas con discapacidad o mayores de edad), pero no solamente (pareja, visitas, mascotas, etcétera).

En tercer lugar, el trabajo emocional relacionado con acciones subjetivas y psicológicas destinadas a proveer soporte emocional: dar apoyo, escuchar atentamente, expresar aprecio y cariño, etcétera.

A estos elementos, podemos agregar una *dimensión cognitiva*,² que incluye la planeación, toma de decisiones, ejecución, monitoreo de las acciones que son necesarias para cumplir con las tres dimensiones previas.

1. Retomado de Rodríguez Menéndez, M., Peña Calvo, J., & Torío López, S. (2010). Corresponsabilidad familiar: negociación e intercambio en la división del trabajo doméstico. *Revista de Sociología*, 1(95), 95–117. doi:10.5565/rev/papers/v95n1.671.

2. Daminger, A. (2019). The Cognitive Dimension of Household Labor. *American Sociological Review*, 84(4), 609–633. <https://doi.org/10.1177/0003122419859007>.

A partir de estos elementos, consideramos que los cuidados son posibles cuando interactúan al mismo tiempo todos esos elementos entre sí, es decir, la satisfacción de necesidades materiales generales y específicas, elementos subjetivos y la previsión de los elementos que es necesario considerar para que todo ello sea posible. Pensemos en un ejemplo: atender a una persona enferma implica prever y ejecutar lo necesario para: mantener el espacio lo más higiénico posible; proporcionar alimentos especialmente preparados y los medicamentos prescritos; acompañar y apapachar a la persona; atender múltiples detalles tales como tomar la temperatura, escuchar y consolar, atender aspectos que la persona tiene pendientes y es urgente atender, y un larguísimo etcétera.

Justamente la interacción de estas diferentes dimensiones del cuidado son lo que, desde nuestra perspectiva, sostienen la vida –no sólo para las personas que tienen una condición de vulnerabilidad, sino para todas las que integran las familias. De alguna manera, este conjunto de dimensiones tiene conexión con la propuesta de la pirámide de Maslow, en la que se establece una jerarquía de necesidades humanas, partiendo de las más básicas –relacionadas con cuestiones fisiológicas, como el alimento y el refugio–, pasando por necesidades intermedias de seguridad, pertenencia, reconocimiento y

estima personal– hasta llegar a las más complejas –vinculadas a la autorrealización.³

La propuesta de Maslow no precisa los contextos en los que esas necesidades son cubiertas (o deberían serlo); pero se infiere que tiene que ver con espacios de socialización; es decir, la satisfacción de esas necesidades son resultado de interacciones complejas que, de cumplirse, permiten la construcción de subjetividades orientadas a la autorrealización.

La postura de Maslow nos ayuda a preguntar: si el trabajo de cuidados es lo que sostiene la vida, ¿por qué debería limitarse al espacio privado? Justamente, Tronto plantea que el cuidado es una “actividad genérica que comprende todo lo que hacemos para mantener, perpetuar, reparar nuestro mundo de manera que podamos vivir en él lo mejor posible. Este mundo comprende nuestro cuerpo, nosotros mismos, nuestro entorno y los elementos que buscamos enlazar en una red compleja de apoyo a la vida”.⁴

3. Este modelo fue propuesto por el psicólogo Abraham Maslow en 1943 y aunque sido criticado por su rigidez y por la falta de evidencias empíricas sólidas, su influencia ha sido amplia en diferentes áreas, como la psicología, la educación y el desarrollo personal. En la actualidad, la pirámide de Maslow continúa siendo vigente en el pensamiento contemporáneo, ya que proporciona una estructura para comprender las necesidades de las personas y cómo estas influyen en su comportamiento y bienestar. Además, sigue siendo relevante para la organización y planificación de estrategias de motivación en el ámbito laboral y social.

Considerando la postura de la autora, podría plantearse que el cuidado en cuanto soporte de la existencia humana no debería limitarse al ámbito de lo privado y más bien habría que considerarlo como un elemento central para reconfigurar el espacio público: trabajo, transporte, escuelas, política, deportes, medios de comunicación e informáticos, relación con el medio ambiente, etcétera.

El espacio público como escenario de transformación

El espacio público, entendido como aquellos lugares de encuentro y convivencia compartidos por la sociedad en su conjunto,⁵ desempeña un papel fundamental en la configuración de las masculinidades⁶ y en la redefinición de los roles de género. Tradicionalmente asociado con la esfera masculina, el espacio público ha sido un terreno donde se han perpetuado y reproducido determinadas construcciones de la mascu-

4. Tronto, J. (s/f). La democracia del cuidado como antídoto frente al neoliberalismo. En C. Domínguez Alcón, H. Kohlen, & J. Tronto, El futuro del cuidado. Comprensión de la ética del cuidado y práctica enfermera (págs. 7-19). Barcelona: Ediciones San Juan de Dios.

5. García Ballesteros, A. (1986). El uso del espacio en la vida cotidiana. Actas de las IV Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Seminario de Estudios de la Mujer.

6. Entendemos las masculinidades como una construcción social dinámica y multifacética que se alimenta de la intersección compleja de identidades, influenciadas por factores culturales, sociales, económicos y políticos. En este sentido, las masculinidades no son estáticas ni universales, sino que se moldean y se transforman en diferentes contextos a lo largo del tiempo.

linidad, muchas veces basadas en la dominación y la competencia.

Para efectos de nuestro análisis, podríamos simplificar y señalar que el espacio público ha sido conformado de acuerdo con valores asociados con lo masculino: descalificación de las emociones, diferentes manifestaciones de violencia, operación de escalas jerárquicas, invasión de los espacios y de los cuerpos, colocar a valores abstractos por encima de las personas, entre otras. Todo esto origina ambientes de opresión que se pueden ejemplificar de la siguiente manera: supongamos a un trabajador en alguna empresa o fábrica, lo primero que tiene claro es a quien reporta y quiénes le reportan (jerarquía); también sabe que tiene que cumplir –de preferencia, rebasar– una meta (valor abstracto) y para ello estará autorizado para utilizar los medios que estime necesarios (incluyendo la violencia); para lograr los resultados esperados es posible que se establezcan sistemas de vigilancia y restricciones para ir al baño (invasión de espacio y cuerpos). En este ambiente laboral –más o menos hipotético– la salud mental y emocional del trabajador (y del resto de las y los trabajadores) es intrascendente.

Este ejemplo lo podríamos replicar a otros ámbitos de socialización, y por ello resulta im-

portante transitar a la concepción del espacio público como un lugar inclusivo y diverso, donde se promueva la participación digna e igualitaria de todas las personas. Este cambio ofrece retos para toda la sociedad, pero en el caso de los hombres ofrece nuevas oportunidades para que redefinan sus roles y contribuyan activamente a los cuidados, para que de espacios laborales, comunitarios o escolarizados opresivos se pase a esquemas de convivencia que sostengan la vida.

En este contexto, se vuelve imperativo explorar cómo las masculinidades contemporáneas se relacionan con el tema de los cuidados en el espacio público. La respuesta es simple: en su construcción de género, los hombres no han aprendido a cuidar, ni a cuidarse; un ejemplo simple: por lo menos en México, es común que una “cruda” o “resaca” la “cure” alguna mujer.

Lograr la participación masculina en el cuidado (incluyendo el autocuidado) requiere un enfoque integral que reconozca la interconexión entre las dimensiones sociales, culturales y espaciales de las masculinidades y los cuidados.

Por un lado, consideremos que los espacios son un agente que interviene en las dinámicas sociales que en él suceden, son el escenario donde se pone en práctica la representación de

género, por lo que es una categoría básica en cualquier estudio desde la perspectiva de género. El espacio adquiere especial relevancia a la hora de entender cómo se desarrollan localmente los cambios y las disputas de género ligadas a las prácticas de masculinidad.⁷ Y aquí no nos referimos solamente a los comportamientos individuales masculinos y femeninos, nos estamos refiriendo esencialmente a los factores estructurales que definen las dinámicas de género; por ejemplo, no basta que los hombres se convenzan de que tienen que tomar permisos por paternidad, las empresas también deberían valorar los efectos en las dinámicas de género que eso acarrearía (dentro y fuera del espacio laboral), más allá de los impactos en las utilidades.

En este sentido, los estudios sobre las masculinidades integran el espacio como un factor fundamental de los sistemas sociales a partir de los cuales el género es producido, reproducido y estructurado, por lo que la investigación de las masculinidades realizadas desde una clave espacial permite una exploración más eficaz de las dinámicas sociales ligadas a las categorías de género. Explorar las relaciones entre identidad social y espacio permite arrojar

7. De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en sociología* (18), 145–169.

luz sobre las distintas relaciones sociales (clase, género, etnicidad, sexualidad, etc.),⁸ ya que coloca en geometrías específicas de poder⁹ la realidad del género. Si el género es entendido, a la vez, como una práctica social y como una estructura social, entonces su estudio no puede desligarse de los espacios en los cuales las prácticas de género son reproducidas y en los que las estructuras sociales de género son situadas en contextos específicos.

En el caso de la presente ponencia, nos interesa colocar la necesidad de indagar sobre la manera en la que masculinidades y espacio se conforman mutuamente para entender la importancia de involucrar ambas aristas en el tema de cuidados.

La noción simplista de que a cada género le corresponden una serie de conductas universales desvía la mirada de la forma en que el género realmente se constituye: a partir de relaciones de poder socialmente construidas y, por lo tanto, de maneras histórica y geográficamente específicas.

8. Srivastava, S. (2012). Masculinity and its role in gender-based violence in public spaces. In L. Prabhu, & S. Pilot, Fear that Stalks: Gender Based Violence in Public Spaces (pp. 13–50). Delhi: Zubaan Books.

9. Massey, D. (2012). Un sentido global del lugar. En A. Albet, & N. Benach, Doreen Massey. Un sentido global del lugar (pp. 112–129). Barcelona: Icaria.

Si la experiencia del cuidado ha sido históricamente una experiencia de género de las mujeres, conviene contrastarla con la experiencia de género de los hombres para ubicar algunos de los retos que implica concebir al espacio público como fuente de cuidados. En este sentido, si bien la generación de normas y protocolos para evitar formas de violencia son necesarios, también son insuficientes para promover relaciones de cuidado.

Destruir la división sexual de trabajo

Desde la economía feminista se ha demostrado que la división sexual del trabajo (es decir, la delegación del trabajo de cuidado a las mujeres sin que reciban remuneración alguna) es totalmente funcional a la economía y sus procesos de acumulación, sin importar si se reconoce como capitalista o no. Desde esta perspectiva, lograr la corresponsabilidad plena requiere repensar y transformar el espacio público desde una perspectiva de cuidados. A final de cuentas, es en el espacio público donde se toman las decisiones que construyen las bases de la vida comunitaria; los cuidados –en su sentido pleno– emergen desde la colectividad.

En una publicación reciente, la CEPAL plantea la

necesidad de avanzar hacia sociedades cuidadoras; en el fondo de la propuesta –a partir de rescatar diversos planteamientos que han realizado pensadoras feministas– se plantea cambiar el modelo cultural, político y económico que se propone desde el patriarcado y coloca elementos como la vulnerabilidad, la interdependencia y poner a las personas (en toda su diversidad y complejidad subjetiva y relacional) en el centro de toda la actividad humana. GENDES se adscribe a esta visión y solamente enfatiza que la construcción de sociedades como la propuesta implica involucrar a los hombres en el cuestionamiento de su construcción de género y en identificar los elementos que pueden abonar a que el cuidado y autocuidado sean práctica normal de su comportamiento.

Conclusión

El espacio público es donde se llevan a cabo interacciones sociales de la vida cotidiana, pero no de manera neutra, pues es generador de identidades y expresión de relaciones de poder. Es también un elemento que estructura las instituciones, las normas, la cultura. Bajo esta visión, se argumenta que los hombres, los go-

10. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), La sociedad del cuidado: horizonte para una recuperación sostenible con igualdad de género (LC/CRM.15/3), Santiago, 2022.

biernos y los espacios laborales no sólo deberían hacer lo necesario para equilibrar las cargas de trabajo en el espacio doméstico, sino también modificar las relaciones interpersonales y las construcciones jurídicas y culturales que definen el espacio público, excesivamente masculinizado, limitante para la participación efectiva y segura de las mujeres.

Se propone que la creación de espacios seguros y dignos para todas y todos no pasa solamente por la creación de protocolos u otras disposiciones que prohíban y sancionen determinadas conductas, sino por la construcción de relaciones y prácticas que pongan en el centro el cuidado, el sostenimiento de la vida de manera complementaria al ámbito doméstico.

*Esta ponencia fue presentada en el: 1.er Encuentro Internacional de Cuidados, Desarrollo y Justicia Social: políticas, enfoques, actores y buenas prácticas. El cual se llevó a cabo del 5 al 7 de junio de 2024, en el Centro de Convenciones de la Universidad de La Habana, en La Habana, Cuba.